

STANLEY CAVELL, *Conocimiento repudiado*, trad. de Antonio Lastra y Adolfo Llopis, Ápeiron, Madrid, 2016. ISBN: 978-84-946029-8-6.

Stanley Cavell es actualmente uno de los principales guardianes de la filosofía en todo el mundo. Profesor emérito en la Universidad de Harvard, ha sido capaz de mantener en su obra una coherencia sólida tratando temas tan aparentemente dispares como el cine, el psicoanálisis, la escritura de Ralph Waldo Emerson, los escritos de Wittgenstein o las obras de Shakespeare. El libro que tenemos entre las manos es la traducción española de la segunda edición ampliada (en 2003) de un libro publicado originalmente en 1987 que versa sobre siete tragedias de Shakespeare: *Antonio y Cleopatra*, *El rey Lear*, *Otelo*, *Coriolano*, *Hamlet*, *Cuento de invierno* y *Macbeth*. Este volumen, junto con los ensayo titulados 'Henry James Reading Emerson Reading Shakespeare' y 'El interminable texto shakespeariano', publicados en *Emerson's Transcendental Etudes* en 2003 y *Philosophy the Day After Tomorrow* en 2005 respectivamente, suponen el intento más explícito de Cavell de abordar qué pasa en (y con) las obras de Shakespeare y qué ocurre con el lector, de preparar exhaustivamente el terreno para un estudiante serio (aquel que está interesado en aplicar el texto a cuestiones vitales).

Cavell nos dice que este libro es la exposición del resultado de leer acompañado de filosofía. Puede decirse que sus propósitos fundamentales son dos: 1) exponer su lectura de siete tragedias de Shakespeare, como hemos dicho, acompañado de filosofía y 2) hacerlo teniendo en cuenta la condición filosófica de estas obras centrándose en el problema del escepticismo que pueden ofrecer y en qué elementos pueden proporcionar para responder a ese problema: experimentar mediante las obras de Shakespeare con las condiciones (y contradicciones) con las que responder al escepticismo.

Desde la introducción, Cavell nos ofrece la justificación, aunque sea problematizándola, de abordar estas obras supuestamente pertenecientes al ámbito de la literatura acompañado de filosofía: si, como cree, defiende y argumenta poderosamente, hay comunicación entre filosofía y literatura, ¿es este un asunto filosófico o literario? Cavell está convencido de que hay buenas razones para considerar el teatro de Shakespeare un drama filosófico. Que se ocupe del "tratamiento de una ignorancia que no tiene cura con la información" (p. 99) es una de ellas.

Su intuición (que convertirá en instrucción) es que en las obras de Shakespeare podemos observar el tratamiento del problema del escepticismo que se manifestará en la obra de Descartes, considerada un

elemento clave en el inicio de la filosofía de la modernidad, y de ahí en adelante. En concreto,

la problemática escéptica que tengo en mente ha recibido su refinamiento filosófico en el modo como Descartes plantea las cuestiones de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma (que concibo, entre otras cosas, como preparativos para, o contra, la credibilidad de la nueva ciencia del mundo exterior) [p. 17].

Puede decirse que la dirección con que aborda el análisis o el comentario (brillante, exhaustivo hasta parecer divagación por momentos) de las siete tragedias es la de tratar de poner de manifiesto la posibilidad de que el estancamiento en el problema del escepticismo no responda a una necesidad que se desprenda de él mismo, sino de una suerte de voluntad trágica previa que lo acompaña (o lo crea). El escepticismo representado por la pérdida del mundo se debería a una *afirmación* escéptica o, en palabras de Cavell, a una interpretación de la verdad del escepticismo o una evitación del reconocimiento. El reconocimiento sería la solución al problema escéptico que se daría al estar dispuestos a responder a la naturaleza de las cosas como vienen, al esperar la mirada del otro y contemplar en ella la presencia de un mundo que resulta ser a la vez la parte de mundo que uno mismo es. La supuesta pérdida de la que partiría la paradójica posición escéptica sería, según Cavell, el resultado de la propia proyección previa de aquello que se siente perdido, o lo que es lo mismo: la visión trágica del escéptico se debería a que se ha empeñado en proponer como el centro de su vida la pérdida de algo que en realidad nunca tuvo.

Puede decirse que Cavell muestra la paradoja que supone la afirmación del escepticismo en los términos en los que en el *Parménides* de Platón se expone la paradoja de enunciar el no ser: al *decir* que algo no es estamos *haciendo ser* algo que no es, o lo que es lo mismo: estamos diciendo de *algo* que *es no ser*. Lo que afirma Cavell de la insostenibilidad de la posición escéptica, siguiendo esta línea, puede ponerse en paralelo a la postura del último Wittgenstein cuando afirma que hemos de observar en qué consiste preguntar y de qué depende que una pregunta o una problematización tenga sentido.

El escepticismo está representado en *Antonio y Cleopatra*, en *Otelo* y en *Cuento de invierno* por los celos en el sentido en que buscan una forma de posesión excesiva, una voluntad de abarcar completamente al otro que se da de bruces con la imposibilidad de lograrlo. El asunto, plantea Cavell, es que los celos pueden no ser solo la causa de la tragedia sino el resultado mismo de una voluntad trágica contra la vida y su expresión máxima: la descendencia. En el mismo sentido Lear se niega a reconocer a Cordelia y Coriolano se disgusta con el mundo por una supuesta búsqueda de pureza: desprecian lo común de la lengua misma, desdeñan el mundo y a sí mismos como un todo. Hamlet se nos muestra como una figura que se resiste al nacimiento mismo, que recela del hecho

mismo de la existencia, y la puesta en marcha del proceso que desemboca en ello la lleva a cabo un *espectro* que *resulta* ser su propio padre.

La inclusión del ensayo sobre *Macbeth* marca la diferencia entre la primera (1987) y la segunda edición (2003) de *Conocimiento repudiado*, y Cavell nos dice en el prefacio a la segunda edición que agradece poder haber dejado las cosas incompletas hasta haberse visto capaz de dar cuenta de lo espectral que caracteriza la obra, que puede representar en su opinión lo espectral del proceso escéptico mismo. Si *Antonio y Cleopatra* no figura en el índice y se trata en la introducción porque en ella se anuncia el advenimiento histórico de "un nuevo cielo, una nueva tierra" que será la época caótica de la aparición del escepticismo, *Macbeth* cierra el círculo al ser la obra en que se cuestionan las condiciones de que algo sea historia. A partir de la obra de Emerson (que en 'Experiencia' se entiende a sí mismo haciendo justicia a Shakespeare, a Kant y a América, tomando su relevo), propone Cavell que en la obra de Shakespeare podemos encontrar "un poder de desafiar la autoridad que se basa en el nacimiento y la herencia", que la historia no es del pasado sino del presente, que la historia que nos impide tener los ojos abiertos no tiene sentido, aunque tomar las riendas del gobierno de nosotros mismos con sentido depende de que no nos convirtamos en confinadores. Ser víctimas del lenguaje en los términos que a través de Emerson plantea Cavell no puede llevarnos necesariamente a afirmar que no somos nada. ¿Qué buscaba y busca quien dice que no somos nada? No tanto la verdad cuanto la tragedia.

3

La respuesta al escepticismo que la filosofía puede suponer según Cavell radicaría en la búsqueda de lo común o el lenguaje ordinario como la búsqueda de tratar las palabras ligadas a su significado y usarlas según se dan como tales en un mundo. El lenguaje ordinario no sería, insiste Cavell, un lenguaje despectivamente vulgar sino el lenguaje en el que habitamos a diario. Basar la filosofía en esta forma de entender el lenguaje consiste en tratar de situar las palabras en la vida que les permite ser representadas o ser expresión, en entenderlas como lo que son y no como lo que queremos que sean. El *deseo de privacidad compartida de lo público* que condena al escepticismo puede ser simplemente una ilusión. Quizá, nos diría Cavell, estamos condenados a errar el tiro solo si no apuntamos al sitio adecuado.

Podríamos decir que asumir que la aporía (que supondría el motivo con el que el escéptico se obsesiona y que se empeña en *afirmar*, resultando su conducta en una especie de propaganda paradójica) tiene *necesariamente* una salida (sana o enfermiza) implica proponer que el bien afirmativo de la vida está por encima de la búsqueda de la verdad: que no es solamente su condición de posibilidad. Pero en casi cualquier caso, la *afirmación* filosófica, contra la tragedia de dejar que el culto al escepticismo nos consuma, podría consistir en tratar de mantener abierta la posibilidad del reconocimiento, de permitir que se manifieste la

presencia del mundo y de los demás, de hacer posible la búsqueda de la felicidad.

Fernando Vidagañ Murgui